

ETC

(Beirut) El habitual recuento de heridos, muertos y sobrevivientes ya ni siquiera les hace lamentarse a gritos.

Todos saben que el bombardeo recomenzará en breve borrando la casi inexistente línea divisoria



UN VIAJE
AL PAIS
DE LA GUERRA
Y EL DOLAR

entre la vida y la muerte en esta guerra donde los aliados de antes son los enemigos de hoy. Solo el azar y el dólar determinan quienes sobrevivirán a la próxima sinfonía de la artillería

LA RULETA LIBANESA



UN VIAJE
AL PAIS
DE LA GUERRA
Y EL DOLAR

LA RULETA LIBANESA

Por Maruja Torres, desde Beirut

Los ojos de Beirut, que han visto tanto, han tenido que estrenar una mirada nueva para enfrentarse con la devastación que los implacables bombardeos del domingo pasado, cruzados rabiosamente entre el ejército del general Michel Aoun, presidente del llamado gobierno cristiano, con sede en el Este, y las fuerzas musulmanas, reforzadas, y cómo, por el ejército sirio de ocupación, contra el que Aoun dirige su enloquecida campaña de "liberación", aunque sea a costa de provocar el exterminio de todos los libaneses.

Nadie calcula cuánto tiempo cayeron las bombas sobre la bien amada, pero peor odiada, ciudad tenida en otra época por la Suiza de Oriente Próximo. Esos cálculos pertenecen a los primeros días de esta guerra feroz, que entra ya en su jornada número 38 y ha dejado a los libaneses sin fe y sin esperanza, agotándose de hombros ante las tentativas de tregua y ante las treguas mismas, ocupados tan sólo en la más cruda y dura tarea de la supervivencia.

La saña con que el domingo pasado, la peor jornada, los proyectiles se abatieron sobre Beirut oeste, así como sus características, cohetes de media distancia y los llamados "órganos de Stalin", que pueden enviar 36 de estos mortales artillugos, que se despliegan en abanico al alcanzar el objetivo, hacen pensar que ese ataque fue una demostración de poderío militar de la milicia cristiana Fuerzas Libanesas, del superdehechista Samir Geagea, hoy aliado de Aoun, pese a que hace sólo unos meses se combatieron a muerte. Así son en este país los "señores de la guerra".

Entretanto, el pueblo muere o contempla desolado la huella que la muerte dejó en su ciudad unas horas antes. Y, entre los muertos, el embajador español, Pedro Manuel de Aristegui, su suegro, su cuñada y un guardaespaldas.

Madrugada, mediodía y atardecer parecen ser los periodos favoritos para lanzar las andanadas, lo cual no significa que el resto del día resulte tranquilo. Los beirutíes aprovechan el breve lapso intuitivo —jamás confirmado—, durante el cual siempre cae una bomba u otra, para salir a constatar el desastre, enterrar a sus muertos, visitar a sus heridos, realizar las urgentes compras del día en los escasos puestos de fruta y alimentación que se atreven a abrir sus puertas o instalar sus humildes puestos, siempre cerca del refugio subterráneo en el que la familia aguarda y donde los niños resisten el peso de una infancia apenada por tantas guerras. Entretanto suenan proyectiles aislados.

Gatos histéricos

Los refugiados se organizan como pueden, a un paso de la alienación. Entre el aullido de los gatos histéricos tratan de encontrar medicinas para sus familiares realmente enfermos o atacados por la somatización del pavor. La suciedad, la falta de medios; escasean los alimentos, no hay electricidad, pero tampoco hay dinero para comprar. Ni siquiera los famosos "chóferes de guerra", salvo alguna excepción, se atreven a ganarse la vida a peligrosa manera. "Créeme —me decía Sami, que me ha acompañado en tantas ocasiones a través del Líbano— no vale la pena. Todo es peligroso", y para convencerme me mostraba a su hija menor, Diana, de cinco años. Sami ha trabajado como un perro durante los 14 años de guerra para mantener a su familia y enviar a su primogénito a estudiar mecánica en Niza. Nunca habría desdichado un dólar. Hoy se esconde en su casa y me muestra a su hija pequeña para que no lo obligue a circular.

Sólo durante ese espacio suspendido en el tiempo, tras los bombardeos del amanecer, circulan los vehículos indispensables, camino de urgentes asuntos. Van a tal velocidad que son casi tan peligrosos como las bombas. La gente que camina lo hace en estado de parálisis, con la atonía del descubrimiento de que todo puede resultar peor de lo que fue. Circulan entre vehículos calcinados, alfombras de cristales rotos, huellas de sangre. Constatan las desapariciones. Yo misma me convierto en parte de su asombro. El domingo compré una docena de botellas de agua mineral. El lunes, he pasado por el hueco en que se ha convertido la tienda en donde las adquirí, y nadie sabe qué ha sido del muchacho amable que me ayudó a transportarlas hasta el coche. Tras esta agitación, de repente, desaparece la vida. Es una sensación aterradora. Nadie en las calles, tratas de llegar lo antes posible a tu reducto, y los neumáticos chirrían en las calles desiertas, el miedo empieza a retumbar contra el cielo como sobre una pandereta. Están bombardeando nuevamente.

Ajedrez demencial

Y lo único importante, mientras uno permanece encerrado en su casa o bajo tierra, es distinguir de dónde vienen los proyectiles y cuáles son sus posibilidades mortíferas. Los pocos corresponsales extranjeros y los enviados especiales lo aprendemos de los libaneses, que son maestros del oído, porque serlo puede salvarte un brazo, una pierna o la vida. Hay que saber, primero, quién está lanzando. Si se trata de un sonido seco, es que el proyectil ha salido en dirección contraria. Eso significa que inmediatamente habrá respuesta. Y hay que abandonar los pisos altos, en donde estallan los morteros, y tenderse en los pasillos interiores de las casas. Hay que quedarse ahí, mientras la orgía de prepotencia continúa por encima de nuestras cabezas, y maldices la causa, cualquier causa, que ha podido conducir a este desatino. Porque quienes mueren son los civiles. Siempre civiles. Juegan con ellos al ajedrez, a ver quién jode antes al adversario con su capacidad de destrucción.

Anoche me asomé al balcón del piso en el que vivo. Está muy alto y no es seguro. Esta noche lo abandonaré por una primera planta, algo más protegida, aunque esta alquimia mental de meterse en un sitio u otro carece de lógica, como todo aquí. Ese refugio que busco está al lado de un hotel convertido en cuartel sirio. Pero uno sólo puede ser solidario en la demencia. Ningún lugar en Beirut, ni en el Este ni en el Oeste, ofrece la más mínima garantía. Creemos que los sacos de arena y las murallas de ladrillos nos protegerán, pero que Dios nos ampare. Esta ya no es la guerra de los francotiradores, de las milicias brutalmente desencadenadas. Son bombas, y su objetivo es la ciudad entera.

Entonces, anoche me asomé al balcón y vi Beirut reducida a su esencia de pesadilla. Bañados únicamente por la luna, los blancos edificios vacíos mostraban su laberinto de ventanas oscuras. El silencio humano era escalofriante, indescriptible, final. Para entretemerme, empecé a afinar la oreja, como los beirutíes: "Esta entra, ésta sale, ésta ha caído a 200 metros...". Hay que dormir vestido y con un solo ojo. Cualquier instante puede ser hora de correr. No hay agua. La suciedad se acumula. Es una ciudad de "camisas conocidas", cada día con un nuevo brochazo de historia. Reconozco a mis amigos nuevos por sus ropas, por su olor. Y si hubiera agua, nadie querría que la muerte le sorprendiera en la ducha, en su desnudez.

La noche ha sido dura. Decenas de cohetes de lanzamiento simultáneo han dejado la ciudad prácticamente sin una calle intacta, a

lo largo de un bombardeo que comenzó a media tarde y cesó a las cinco de la madrugada.

A eso de las dos, a la sinfonia artillera se unió en la capital libanesa el estruendo de los cañonazos que las dos fuerzas enemigas se estaban atizando en plena línea verde de separación de los dos sectores de la capital libanesa, utilizando carros de combate.

Por la mañana salimos a buscar las nuevas heridas de Beirut. No hizo falta ir muy lejos. Un proyectil había caído en la casa de al lado.

En el distrito de Aisheh Bakkar, una familia sufrió la pérdida de cuatro de sus miembros a causa de un obús de 240 milímetros que pulverizó su refugio, construido en la planta baja de su humilde hogar. Cuatro muertos y 10 heridos, entre ellos dos niños.

Hasta ahora la gente se creía a salvo bajo tierra. Ese mito también se ha desplomado. Galeani Itani, que se salvó porque había pasado la noche en casa de unos parientes, llegó a tiempo para ver cómo los muchachos de la Cruz Roja rescataban los cadáveres de sus parientes.

Al otro lado, en el puerto de Junie, cientos de aterrizados cristianos que trataban de huir de la guerra en un transbordador en dirección a Chipre fueron sorprendidos por los bombardeos mientras esperaban en el puerto. El pánico los hizo pisotearse unos a otros.

Todo el que puede abandona Beirut: unos van hacia la relativa seguridad del sur del Líbano, otros intentan alcanzar Chipre como sea, otros huyen hacia Damasco.

La carretera que conduce a la capital de Siria está llena de coches que transportan en el techo colchones y los enseres indispensables. Pero la mayoría de la gente, en esta ciudad de 1,5 millón de habitantes, es pobre, lo ha perdido todo. Y tiene que quedarse en la ratonera, sin otro espacio en que moverse que el de sus estrechos refugios.

El habitual recuento matutino de desdichas ya ni siquiera les hace lamentarse a gritos. Se enfrentan a los hechos con un rostro lacónico en el que está escrita toda la desesperanza del mundo.

Sólo sonríen, pero con una sonrisa ausente de los ojos, cuando tropiezan con un amigo. Es decir, cuando descubren que aún cuentan con un amigo vivo.

Todos saben que el bombardeo recomenzará en breve, y por eso el saludo es siempre una pequeña alegría que inevitablemente acaba en una despedida incierta.

Con ese espíritu, los habitantes de Beirut se ponen luego a hacer cola en las panaderías, antes de correr a ponerse a salvo.



ENAMORADO DEL DÓLAR

Por Javier Valenzuela

Beirut siempre a contracorriente, extremado en sus odios y amores, vive un apasionado romance con el dólar. En Beirut, el dólar es el rey, su cotización sube y sube frente a la libra libanesa, y se ha convertido en moneda corriente en los intercambios cotidianos, referencia para fijar los precios y refugio para los ahorradores. Es mucho más que un fenómeno económico: es la penúltima expresión de la desintegración en una ciudad. En los breves momentos en que las armas están calladas en Beirut, menos espectacular, el drama

15 años de destrucción UNA GUERRA ACCIDENTAL

(Por Walter Goobar) Un proverbio árabe dice: "Estoy contra mi hermano, pero mi hermano y yo estamos en contra de mi primo. De todas maneras, mi primo, mi hermano y yo estamos contra nuestro vecino". Esta cita milenaria resume, de alguna manera lo que ocurre en el Líbano, arrasado por una guerra civil que días atrás ingresó en su decimoquinto año, con más de 150.000 muertos y una ferocidad que parece no tener límites.

Iniciada "accidentalmente" el 13 de abril de 1975, cuando una milicia cristiana disparó contra un autobús y mató a 27 musulmanes, las consecuencias de la guerra son tales que el Líbano, un país próspero hasta la década del '70, en que era considerado el mayor centro financiero y comercial del Medio Oriente, hoy no consigue contabilizar su población. Los números varían de 2,8 millones a 4 millones de habitantes, divididos en un 62 por ciento de musulmanes (sunitas, chiitas y drusos), y un 25 por ciento de cristianos maronitas (que dominan políticamente el país), además de los griegos ortodoxos, los armenios, los católicos, los protestantes y unos 2000 judíos. Hay, también, cerca de 500.000 palestinos que llegaron al país en 1970, expulsados de Jordania.

La independencia en 1941, y la salida de los franceses en 1945 provocaron el agravamiento de las seculares cuestiones étnicas entre cristianos y musulmanes. La solución fue el Pacto Nacional, un acuer-

do no escrito realizado en 1943 que reformuló la Constitución de 1928 y dividió las cuotas de poder. Vigente formalmente hasta hoy, el Pacto mantiene el predominio político de los cristianos, que tienen derecho a elegir al presidente de la república y controlan el 30 por ciento de las bancas en el Parlamento. Los musulmanes, que ahora tienen un gobierno propio, reciben el apoyo de la vecina Siria que, a su vez cuenta con el apoyo de la Unión Soviética. Los musulmanes están divididos en dos grandes grupos (sunitas y chiitas) y en la actualidad se han aliado con los drusos, a quienes anteriormente enfrentaron, para combatir a los cristianos. Los musulmanes pretenden reformular el Acuerdo y redistribuir las cuotas de poder.

En las distintas fases de la guerra se hicieron alianzas y se registraron rupturas entre, prácticamente, todas las partes involucradas. Los radicales drusos que hoy combaten junto a los chiitas, ya lucharon contra ellos aliados a los cristianos, hoy convertidos en el enemigo común. En medio de esa confusión, predominan los intereses estratégicos. Primero los de la vecina Siria que, bajo el pretexto de la guerra civil y lo que ésta significaba para su propia seguridad, invadió el Líbano en 1976 y concentró allí un ejército calculado en 30.000 hombres. En el otro extremo está Israel, que desde 1968 ha realizado innumerables ataques e incursiones, apoyada por los cristianos y mantiene un ejército titere en el sur del país.

Gatos histéricos

Los refugiados se organizan como pueden, a un paso de la alienación. Entre el aludido de los gatos histéricos tratan de encontrar medicinas para sus familiares realmente enfermos o atacados por la somatización del pavor. La sociedad, la falta de medios, escasez de alimentos, no hay electricidad, pero tampoco hay dinero para comprar. Ni siquiera los famosos "chóferes de guerra", salvo alguna excepción, se atreven a ganarse la vida a peligrosa manera.

"Créme—me decía Sami, que me ha acompañado en tantas ocasiones a través del Líbano—no vale la pena. Esto es peligroso", y para convencerme me mostraba a su hijo menor, Diana, de cinco años. Sami ha trabajado como un perro durante los 14 años de guerra para mantener a su familia y enviar a su primogénito a estudiar medicina en Niza. Nunca habría deseado un hijo menor. Hoy se esconde en su casa y me muestra a su hijo pequeño para que no lo obligue a circular.

Sólo durante ese espacio suspendido en el tiempo, tras los bombardeos del amanecer, circulan los vehículos indispensables, camión o urgentes asuntos. Van a tal velocidad que son casi tan peligrosos como las bombas. La gente que camina lo hace en estado de parálisis, con la atonía del descubrimiento de que todo puede resultar peor de lo que fue. Circulan entre vehículos calcinados, alfonbras de cristales rotos, huellas de sangre. Constatan las desapariciones. Yo misma me convertí en parte de su asombro. El domingo compré una docena de botellas de agua mineral. El lunes, he pasado por el hueco en que se ha convertido la tienda en donde las adquirí, y nadie sabe qué ha sido del muchacho convertible que me ayudó a transportarlas hasta el coche. Tras esta agitación, de repente, desaparece la vida. Es una sensación aterradora. Nadie en las calles, tráfago llegar lo antes posible a tu refugio, y los neumáticos chirrían en las calles desiertas, el miedo empieza a retumbar contra el cielo como sobre una pandera. Están bombardeando nuevamente.

Por Maruja Torres, desde Beirut

Los ojos de Beirut, que han visto tanto, han tenido que estenar una mirada nueva para enfrentarse con la devastación que los implacables bombardeos del domingo pasado, cruzados rabiamente entre el ejército del general Michel Aoun, presidente del llamado gobierno cristiano, con sede en el Este, y las fuerzas musulmanas, refugiadas, y cómo, por el ejército sirio de ocupación, contra el que Aoun dirige su enloquecida campaña de "liberación", aunque sea a costa de provocar el exterminio de todos los libaneses.

Nadie calcula cuánto tiempo cayeron las bombas sobre la bien amada, pero por edad, ciudad tenida en otra época por la Suiza de Oriente Próximo. Esos cálculos pertenecen a los primeros días de esta guerra feroz, que entra ya en su jornada número 38 y ha dejado a los libaneses sin fe y sin esperanza, engendrando de hombres ante las tentativas de tregua y ante las treguas mismas, ocupados tan sólo en la más cruda y dura tarea de la supervivencia.

La sala con que el domingo pasado, la peor jornada, los proyectiles se abatieron sobre Beirut oeste, así como sus características, cobetes de media distancia y los llamados "órganos de Stalin", que pueden enviar 36 de estos mortales artilugios, que se despliegan en abanico al alcanzar el objetivo, hacen pensar que ese ataque fue una demostración de poderío militar de la milicia cristiana Fuerzas Libanesas, del superhéroe Samir Geagea, hoy aliado de Aoun, pese a que hace sólo unos meses se combatió a muerte. Así son en este país los "señores de la guerra".

Entretanto, el pueblo muere o contempla descolado la huella que la muerte dejó en su ciudad una hora antes. Y entre los muertos, el embajador español, Pedro Manuel de Aristegui, su suegro, su cuñada y un guardaespaldas.

Madrugada, mediodía y atardecer parecen ser los periodos favoritos para lanzar las andanadas, lo cual no significa que el resto del día resulte tranquilo. Los beirutíes aprovechan el breve lapso inútil—¡jamás confirmado—, durante el cual siempre cae una bomba u otra, para salir a constatar el dante, entrar a sus muertos, visitar a sus heridos, realizar las urgentes compras del día en los escasos puestos de fruta y alimentación que se atreven a abrir sus puertas o instalar sus humildes puestos, siempre cerca del refugio subterráneo en el que la familia aguarda y donde los niños resisten el peso de una infancia apesada por tantas guerras. Entretanto suenan proyectiles aullados.

lo largo de un bombardeo que comenzó a media tarde y cesó a las cinco de la madrugada.

A eso de las dos, a la sinfonía artilleja se unió en la capital libanesa el estruendo de los cañoneros que las dos fuerzas enemigas se estaban afilando en plena línea verde de separación de los dos sectores de la capital libanesa, utilizando carros de combate.

Por la mañana salimos a buscar las nuevas heridas de Beirut. No hizo falta ir muy lejos. Un proyectil había caído en la casa de al lado.

En el distrito de Aishah Bakkar, una familia sufrió la pérdida de cuatro de sus miembros a causa de un obús de 340 milímetros que pulverizó su refugio, construido en la planta baja de su humilde hogar. Cuatro muertos y 10 heridos, entre ellos dos niños.

Hasta ahora la gente se creía a salvo bajo tierra. Ese mito también se ha desplomado. Galeani Itani, que se salvó porque había pasado la noche en casa de unos parientes, llegó a tiempo para ver cómo los muchachos de la Cruz Roja rescataban los cadáveres de sus parientes.

Al otro lado, en el puerto de Junie, cientos de aterrados cristianos que trataban de huir de la guerra en un transbordador en dirección a Chiure fueron sorprendidos por los bombardeos mientras esperaban en el puerto. El pánico los hizo pisotearse unos a otros.

Todo el que puede abandona Beirut: unos van hacia la relativa seguridad del sur del Líbano, otros intentan alcanzar Chiure como sea, otros huyen hacia Damasco.

La carretera que conduce a la capital de Siria está llena de coches que transportan en el techo colchones y los enseres indispensables. Pero la mayoría de la gente, en esta ciudad de 1,5 millón de habitantes, es pobre, lo ha perdido todo. Y tiene que quedarse en la ratonera, sin otro espacio en que moverse que el de sus estrechos refugios.

El habitual recuento matutino de desdichas ya ni siquiera les hace lamentarse a gritos. Se enfrentan a los hechos con un rostro lacónico en el que está escrita toda la desesperanza del mundo.

Sólo sufren, pero con una sonrisa ausente de los ojos, cuando tropiezan con un amigo. Es decir, cuando descubren que aún cuentan con un amigo vivo.

Todos saben que el bombardeo recomenzará en breve, y por eso el saludo es siempre una pequeña alegría que inevitablemente acaba en una despedida incierta.

Con ese espíritu, los habitantes de Beirut se ponen luego a hacer cola en las panaderías, antes de correr a ponerse a salvo.

Por Javier Valenzuela

Beirut siempre a contracorriente, extremado en sus odios y amores, vivo, un apasionado romance con el dólar. En Beirut, el dólar es el rey, su cotización sube y sube frente a la libra libanesa, y se ha convertido en moneda corriente en los intercambios cotidianos, referencia para fijar los precios y refugio para los ahorcadores. Es mucho más que un fenómeno económico: es la penúltima expresión de la desintegración en una ciudad. En los breves momentos en que las armas están calladas en Beirut, menos espectacular, el drama de sus habitantes es tan intenso como en las guerras.

En invierno llueve torrencialmente y con gran aparato de rayos y truenos sobre Beirut. Las casas se hunden. Hay muertos, las agüeradas calles y carreteras se transforman en ríos, las alcantarillas desbordan y, entre irrisión, todo ello provoca que no salga una gota de agua de las canillas. Los beirutíes que aún pueden pagarlo hacen su toilette con agua mineral, se forman grandes colas frente a las fuentes públicas y muchos niños ganan una moneda llenando para otros los bidones de plástico.

A la luz de las velas o de dos o tres bombillas alimentadas con generadores portátiles

de gasolina, un millón largo de personas, cristianos y musulmanes, vivan en sus casas, acurrucadas en 100 combates. Las lluvias derrumban los postes y cables de alta tensión aún en pie, y los cortes en el suministro eléctrico duran hasta 36 horas consecutivas. Los alimentos se pudren en los frigoríficos, la media docena de cadenas de televisión locales emite programas que pocos pueden ver, el radio de pilas es el principal medio de comunicación.

El regalo beirutí en las pasadas fiestas de Navidad y Año Nuevo ha sido el generador portátil de electricidad. Ese trasto—200 dólares el más barato—se ha convertido en un accesorio doméstico imprescindible.

Durante el día, unas 800 personas recorren las casas y entregan a los vecinos pesados paquetes con el sello regalo del rey Fehd, custodio de los santos lugares de La Meca y Medina. Los enviados del monarca saudí han repartido en una sola semana 40.000 de esos paquetes, que contienen 25 kilos de arroz, azúcar, habas, lentejas, harina, aceite y leche en polvo. La distribución es efectuada puerta a puerta para evitar que, como es habitual, la ayuda humanitaria a Líbano caiga en manos de las milicias y éstas la revenden en sus supermercados.

Múltiples guerras

Con 100.000 casas destruidas durante las múltiples guerras civiles y 110.000 familias expulsadas por mano fuerte de sus hogares, el pequeño y frágil Líbano se ha convertido en un gigantesco campo de refugiados, y el grueso de sus habitantes, en una comunidad de mendigos. El Ministerio de Educación acaba de informar que el 20 por ciento de los 787.000 estudiantes libaneses ha abandonado este curso sus estudios por no poder pagar los gastos de escolaridad. A gran parte de estos desertores forzados de la escuela o el instituto se les ve trabajando en talleres, panaderías, carnicerías, mercados de frutas o verduras, u ofreciendo una improbable protección a los coches aparcados.

Incluso si se tiene dinero, vivir en Beirut supone dedicar la mayor parte de las energías a proveer de velas, gasolina para el coche o el generador, alimentos enlatados que almacenan, un teléfono que marcha agua que otra vez o una garrafa de gas que compartir entre la cocina y la estufa. Escasean la harina y la gasolina, y las colas de los hornos y surtidores comienzan a las seis de la mañana, terminan con la luz del sol y causan varias muertes a la semana.

Hace unos días, una mujer de 38 años murió delante de una panadería, víctima de dos bombas que, tras pasar por la explosión, arreglaron una pequeña disputa desenfureciendo sus revólveres. Como no hay policía ni justicia—o, mejor dicho, los restos de estas instituciones son inoperantes—, nunca se

supo la identidad de los homicidas.

Recientemente, la prensa beirutí dedicó más espacio de lo habitual a un suceso corriente: un policía vestido de civil había sido herido por dos atracadores disfrazados de policía. A bastantes libaneses, el hecho les hizo gracia. En realidad, los libaneses siguen manteniendo aún una estimulante capacidad para reírse de sus propias desgracias, combinada con profundísimas depresiones.

Estos cambios de humor son sostenidos por un consumo masivo y alternativo de tranquilizantes y estimulantes, de uso tan corriente en Beirut como el de la aspirina en otras ciudades. Uno de los mejores psiquiatras de la ciudad cuenta el caso de un miliciano, paciente suyo, que cada vez que tenía que ir a su posición en las barricadas se aiboraba de pentazocina, un poderoso calmante, para, decía, "no sentir el dolor si resulto herido".

Dejar la ciudad no es fácil. No es sólo que los beirutíes la adoren e incluso emigrados y exiliados vuelvan a ella en vacaciones; que, además, hace falta encontrar un país extranjero que les dé visado, y hoy en día el libanés, mientras no pruebe lo contrario, es un presunto terrorista para los servicios de seguridad mundiales. Así que, mientras esperan que prosperen sus solicitudes en las embajadas extranjeras—norteamericana, francesa, canadiense y australiana en primer lugar—, los beirutíes se buscan la vida. Para conseguir agua cravan pozos artesianos, para evacuar la arena fosas sépticas; para tener luz compran generadores; para hablar con los vecinos usan transmisores-receptores.

Cotizaciones

Individualistas profundos, los beirutíes, sin embargo, no se ponen de acuerdo para garantizar servicios públicos mínimos, como la recogida de basuras. Es milagroso que no haya serias epidemias en una ciudad donde los desechos se amontonan en las esquinas durante semanas. En cambio, buenos comerciantes han creado muchas pequeñas industrias de recuperación de papeles, cartones, plásticos y vidrios, alimentados por los miles de personas que hurgan en los vertederos.

Pero el verdadero menester de la inmensa mayoría de beirutíes es el cambio de moneda. Desde el comienzo de los conflictos bélicos, en 1975, y hasta hace unos meses, no había serias epidemias en una ciudad donde los desechos se amontonan en las esquinas durante semanas. En cambio, buenos comerciantes han creado muchas pequeñas industrias de recuperación de papeles, cartones, plásticos y vidrios, alimentados por los miles de personas que hurgan en los vertederos.

Ahora lo que se sigue son las variaciones del tipo de cambio del dólar norteamericano

no. Es un asunto de supervivencia económica, y no hay vecino, desde los 8 a los 80 años, que no pueda informarte de cuál era hace 15 minutos el valor del dólar frente a la libra libanesa y frente al resto de las divisas mundiales. Líbano, de hecho, está rebosando de dólares, y éstos vienen de los envíos de los cientos de miles de emigrados, del contrabando a través de los numerosos puertos ilegales y del tráfico de hachís y heroína, actividades esta última que supone la principal fuente de divisas del país.

Más allá de sus diferentes monedas como los franceses, los sirios, los iraníes o los israelíes, los beirutíes están ahora unidos en una gran historia de amor con el billete verde norteamericano. La compra de una casa, un coche, un televisor o un billete de avión se hace en Beirut en dólares. Aún más, al plomero, al médico o al mecánico se les paga en la misma moneda.

Eso ha convertido a toda una población en compradores y vendedores de dinero, tan ocupados y casi tan avisados como los de Wall Street. Calculadora, transitor y transmisor-receptor a mano, la propietaria de una boutique informa que compra su mercancía en francos franceses y la vende en libras libanesas o dólares. Para vender un pantalón, explica, debe conocer exactamente la paridad del franco con las otras dos monedas.

Jugar a cambistas

La ausencia de todo gobierno y más de una docena de años de guerra han terminado hundiendo la libra libanesa, anillo una de las monedas más fuertes del mundo. Si se piensa que el salario mínimo libanés no alcanza a los 20 dólares, se comprenderá por qué la población intenta incrementar sus ingresos jugando a cambiar y descambiar billetes. El empleado de embajada, el profesor de instituto, el comerciante, el mecánico, todo el mundo se ha convertido en Beirut en un cambista salvaje, con fajos de dólares y libras en las chaquetas.

La gente, lejano descendiente de los fenicios, disfruta, además, con ello. Líbano tiene unos tres millones y pico de habitantes, y de ellos, ni más ni menos que 200.000 tienen abiertas cuentas en dólares en los bancos del país. En esas cuentas, dicen los banqueros, hay ingresados y en permanente movimiento unos 3000 millones de dólares.

Mientras la distancia entre millonarios y pobres se agranda en Beirut, que fue una ciudad de prospera clase media, sus habitantes siguen adelante con otra de sus grandes aficiones: los coches, tanto más grandes y aparatosos, mejor. Robados en Europa, sin dudarlo a través de los puertos ilegales, sin placas de matrícula, estropados Buick, Mercedes y BMW circulan por las tortuosas rutas de la capital.

Al igual que en la Argentina, en Beirut el dólar es rey. Al comienzo del conflicto los beirutíes seguían las alternativas de la guerra por radio, hoy sólo les preocupa la cotización de la divisa norteamericana.



15 años de destrucción UNA GUERRA ACCIDENTAL

(Por Walter Gobar) Un proverbio árabe dice: "Estoy contra mi hermano, pero mi hermano y yo estamos en contra de mi primo. De todas maneras, mi primo, mi hermano y yo estamos contra nuestro vecino". Esta cita milenaria resume, de alguna manera lo que ocurre en el Líbano, arrasado por una guerra civil que días atrás ingresó en su decimoquinto año, con más de 150.000 muertos y una ferocidad que parece no tener límites.

Iniciada "accidentalmente" el 13 de abril de 1975, cuando una milicia cristiana disparó contra un autobús y mató 27 musulmanes, las consecuencias de la guerra son tales que el Líbano, un país próspero hasta la década del '70, en que era considerado el mayor centro financiero y comercial del Medio Oriente, hoy no consigue contabilizar su población.

Los números varían de 2,8 millones a 4 millones de habitantes, divididos en un 62 por ciento de musulmanes (suníes, chiitas y drusos), y un 25 por ciento de cristianos maroníes (que dominan políticamente el país), además de los griegos ortodoxos, los armenios, los católicos, los protestantes y unos 2000 judíos. Hay, también, cerca de 500.000 palestinos que llegaron al país en 1970, expulsados de Jordania.

La independencia en 1941, y la salida de los franceses en 1945 provocaron el agravamiento de las seculares cuestiones étnicas entre cristianos y musulmanes. La solución fue el Pacto Nacional, un acuerdo

de no violencia realizado en 1943 que reformuló la Constitución de 1928 y dividió las cuotas de poder. Vigente formalmente hasta hoy, el Pacto mantuvo el predominio político de los cristianos, que tienen derecho a elegir al presidente de la república y controlan el 30 por ciento de las bancas en el Parlamento. Los musulmanes, que ahora tienen un gobierno propio, reciben el apoyo de la vecina Siria que, a su vez cuenta con el apoyo de la Unión Soviética. Los musulmanes están divididos en dos grandes grupos (suníes y chiitas) y en la actualidad se han aliado con los drusos, a quienes anteriormente enfrentaron, para combatir a los cristianos. Los musulmanes pretenden reformular el Acuerdo y redistribuir las cuotas de poder.

En las distintas fases de la guerra se hicieron alianzas y se registraron rupturas entre, prácticamente, todas las partes involucradas. Los radicales drusos que hoy combaten junto a los chiitas, ya lucharon contra ellos aliados a los cristianos, hoy convertidos en el enemigo común. En medio de esa confusión, predominan los intereses étnicos. Primero los de la vecina Siria que, bajo el pretexto de la guerra civil y lo que ésta significaba para su propia seguridad, invadió el Líbano en 1976 y concentró allí un ejército calculado en 30.000 hombres. En el otro extremo está Israel, que desde 1984 ha realizado innumerables ataques e incursiones, apoyados a los cristianos y mantiene un ejército íter en el sur del país.

igual que en la
entina, en Beirut
olar es rey. Al
ienzo del conflicto
beirutíes seguían
alternativas de
guerra por radio,
solo les preocupa
cotización de la
isa norteamericana.

ORADOS OLAR

us habitantes es tan intenso como en las
ndes batallas, asedios y bombardeos.
n invierno llueve torrencialmente y con
aparato de rayos y truenos sobre
ut. Las casas se hunden. Hay muertos,
agujereadas calles y carreteras se trans-
man en ríos, las alcantarillas desbordan
iste ironía, todo ello provoca que no sal-
una gota de agua de las canillas. Los
uties que aún pueden pagarlo hacen su
ette con agua mineral, se forman grandes
as frente a las fuentes públicas y muchos
os ganan unas monedas llenando para
os los bidones de plástico.

la luz de las velas o de dos o tres bom-
as alimentadas con generadores portáti-

ucción DENTAL



les de gasolina, un millón largo de personas,
cristianos y musulmanes, tirita en sus casas,
acribilladas en 100 combates. Las lluvias
derrumban los postes y cables de alta tensión
aún en pie, y los cortes en el suministro
eléctrico duran hasta 36 horas consecutivas.
Los alimentos se pudren en los frigoríficos,
la media docena de cadenas de televisión lo-
cales emite programas que pocos pueden
ver, la radio de pilas es el principal medio de
comunicación.

El regalo beirutí en las pasadas fiestas de
Navidad y Año Nuevo ha sido el generador
portátil de electricidad. Ese trasto —200 dó-
lares el más barato— se ha convertido en un
accesorio doméstico imprescindible.

Durante el día, unas 800 personas re-
corren las casas y entregan a los vecinos pesa-
dos paquetes con el sello *regalo del rey Fahd*,
custodio de los santos lugares de La Meca y
Medina. Los enviados del monarca saudí
han repartido en una sola semana 40.000 de
esos paquetes, que contienen 25 kilos de
arroz, azúcar, habas, lentejas, harina, aceite
y leche en polvo. La distribución es efectuada
puerta a puerta para evitar que, como es ha-
bitual, la ayuda humanitaria a Líbano caiga
en manos de las milicias y éstas la revendan
en sus supermercados.

Múltiples guerras

Con 100.000 casas destruidas durante las
múltiples guerras civiles y 110.000 familias
expulsadas por mano militar de sus hogares,
el pequeño y frágil Líbano se ha convertido
en un gigantesco campo de refugiados, y el
gusto de sus habitantes, en una comunidad
de mendigos. El Ministerio de Educación
acaba de informar que el 20 por ciento de los
787.000 estudiantes libaneses ha abandonado
este curso sus estudios por no poder pagar
los gastos de escolaridad. A gran parte de es-
tos desertores forzosos de la escuela o el in-
stituto se les ve trabajando en talleres, panade-
rías, carnicerías, mercados de frutas o verdu-
ras, u ofreciendo una improbable protección
a los coches aparcados.

Incluso si se tiene dinero, vivir en Beirut
supone dedicar la mayor parte de las energías
a proveerse de velas, gasolina para el coche o
el generador, alimentos enlatados que al-
macenan, un teléfono que marcha alguna
que otra vez o una garrafa de gas que com-
partir entre la cocina y la estufa. Escasean la
harina y la gasolina, y las colas delante de
hornos y surtidores comienzan a las seis de la
mañana, terminan con la luz del sol y causan
varias muertes a la semana.

Hace unos días, una mujer de 38 años mi-
rió delante de una panadería, víctima de dos
sujetos que, exasperados por la espera,
arreglaron una pequeña disputa desenfun-
dando sus revólveres. Como no hay policía
ni justicia—o, mejor dicho, los restos de es-
tas instituciones son inoperantes—, nunca se

supo la identidad de los homicidas.

Recientemente, la prensa beirutí dedicó
más espacio de lo habitual a un suceso
corriente: un policía vestido de civil había si-
do herido por dos atracadores disfrazados
de policía. A bastantes libaneses, el hecho les
hizo gracia. En realidad, los libaneses siguen
manteniendo aún una estimulante capacidad
para reírse de sus propias desgracias, combi-
nada con profundísimas depresiones.

Estos cambios de humor son sostenidos
por un consumo masivo y alternativo de
tranquilizantes y estimulantes, de uso tan
corriente en Beirut como el de la aspirina en
otras ciudades. Uno de los mejores psi-
quiátras de la ciudad cuenta el caso de un mi-
liciano, paciente suyo, que cada vez que te-
nia que ir a su posición en las barricadas se
atiborraba de pentazocina, un poderoso cal-
mante, para, decía, "no sentir el dolor si re-
sultó herido".

Dejar la ciudad no es fácil. No es sólo que
los beirutíes la adoren e incluso emigrados y
exiliados vuelvan a la ella en vacaciones; es
que, además, hace falta encontrar un país
extranjero que les dé visado, y hoy en día el
libanés, mientras no pruebe lo contrario, es
un *presunto terrorista* para los servicios de
seguridad mundiales. Así que, mientras es-
peran que prosperen sus solicitudes en las
embajadas extranjeras —norteamericana,
francesa, canadiense y australiana en primer
lugar—, los beirutíes se buscan la vida. Para
conseguir agua cavan pozos artesanos; para
evacuarla abren fosas sépticas; para tener luz
compran generadores; para hablar con los
vecinos usan transmisores-receptores.

Cotizaciones

Individualistas profundos, los beirutíes,
sin embargo, no se ponen de acuerdo para
garantizar servicios públicos mínimos, como
la recogida de basuras. Es milagroso que no
haya serias epidemias en una ciudad donde
los desechos se amontonan en las esquinas
durante semanas. En cambio, buenos co-
merciantes han creado muchas pequeñas in-
dustrias de recuperación de papeles, carto-
nes, plásticos y vidrios, alimentadas por los
miles de personas que hurgan en los vertede-
ros.

Pero el verdadero menester de la inmensa
mayoría de beirutíes es el cambio de mone-
da. Desde el comienzo de los conflictos bé-
licos, en 1975, y hasta hace unos meses, no ha-
bia vecino de la ciudad que no siguiera minu-
to a minuto los informativos de las emisoras
de radio locales. Se buscaba saber si había
francotiradores en los pasos entre el lado Es-
te y el Oeste, si tal o cual barrio estaba siendo
bombardeado y si el último alto el fuego te-
nia alguna posibilidad de prosperar. Era una
cuestión de supervivencia física.

Ahora lo que se sigue son las variaciones
del tipo de cambio del dólar norteamerica-

no. Es un asunto de supervivencia económi-
ca, y no hay vecino, desde los 8 a los 80 años,
que no pueda informarte de cuál era hace 15
minutos el valor del dólar frente a la libra li-
banesa y frente al resto de las divisas mun-
diales. Líbano, de hecho, está rebozando de
dólares, y éstos vienen de los envíos de los
cientos de miles de emigrados, del contra-
bando a través de los numerosos puertos ile-
gales y del tráfico de hachís y heroína, activi-
dad esta última que supone la principal fuen-
te de divisas del país.

Más allá de sus diferentes romances con
los franceses, los sirios, los iraníes o los isra-
elíes, los beirutíes están ahora unidos en una
gran historia de amor con el billete verde
norteamericano. La compra de una casa, un
coche, un televisor o un billete de avión se
hace en Beirut en dólares. Aún más, al plo-
mero, al médico o al mecánico se les paga en
la misma moneda.

Eso ha convertido a toda una población en
compradores y vendedores de dinero, tan
ocupados y casi tan avisados como los de
Wall Street. Calculadora, transistor y
transmisor-receptor a mano, la propietaria
de una *boutique* informa que compra su
mercancía en francos franceses y la vende en
libras libanesas o dólares. Para vender un
pantalón, explica, debe conocer exactamen-
te la paridad del franco con las otras dos mo-
nedas.

Jugar a cambistas

La ausencia de todo gobierno y más de
una docena de años de guerra han terminado
hundiendo la libra libanesa, antaño una de
las monedas más fuertes del mundo.

Si se piensa que el salario mínimo libanés
no alcanza a los 20 dólares, se comprenderá
por qué la población intenta incrementar sus
ingresos jugando a cambiar y descambiar
billetes. El empleado de embajada, el profe-
sor de instituto, el comerciante, el mecánico,
todo el mundo se ha convertido en Beirut en
un *cambista salvaje*, con fajos de dólares y
libras en las chaquetas.

La gente, lejanos descendientes de los fe-
nicios, disfruta, además, con ello. Líbano
tiene unos tres millones y pico de habitantes,
y de ellos, ni más ni menos que 200.000 tienen
abiertas cuentas en dólares en los bancos del
país. En esas cuentas, dicen los banqueros,
hay ingresados y en permanente movimiento
unos 3000 millones de dólares.

Mientras la distancia entre millonarios y
pobres se agranda en Beirut, que fue una
ciudad de próspera clase media, sus habitan-
tes siguen adelante con otra de sus grandes
aficiones: los coches, cuanto más grandes y
aparatosos, mejor. Robados en Europa,
introducidos a través de los puertos ilegales,
sin placas de matrícula, estupendos Buick,
Mercedes y BMW circulan por las tortuosas
rutas de la capital.



Por Charles Glass

El sudor me corría lentamente por el rostro, y las gotas caían sobre el suelo de hormigón de manera irregular. Tras más de una hora inmóvil, sentado en cuclillas en un rincón, tenía las piernas entumecidas. No sentía las manos. El trozo de tela que las mantenía atadas a la espalda estaba demasiado apretado e impedía la circulación de la sangre. Para bombear sangre hacia las manos, cerraba y abría lentamente los puños. "¿Por qué mover manos, Dallas?". La pregunta provenía de una voz nasal incapaz de pronunciar mi nombre. "No mover manos, Dallas". Dejé las manos quietas.

La voz nasal y varias otras, todas ellas procedentes de unos adolescentes armados,

apoyados contra la pared a mi espalda, comenzaron una discusión en árabe sobre quién había sido el más valiente hacia dos horas, durante el secuestro. Creyendo que estaban distraídos, me aventuré de nuevo a abrir y cerrar las manos. La voz nasal gritó: "¡No mover manos, Dallas!". Su dueño se puso en pie, se acercó a mí y reforzó la orden clavándome una pistola en la espalda.

Durante el primer día de mi cautiverio, el miércoles 17 de junio de 1987, me convertí en el 28º extranjero "desaparecido, presuntamente secuestrado" en Líbano.

Me encontraba a la mitad de un viaje que había comenzado el anterior mes de marzo en Alexandría, en el sur de Turquía, por toda la costa del Mediterráneo oriental hasta Aqaba, en el mar Rojo. De este viaje por el Levante mediterráneo o, sin darle ninguna

connotación política, la Gran Siria, saldría un libro de recuerdos de viaje, *Tribus con banderas*, para la editorial William Heinemann. Había recorrido la mayor parte de Siria y Líbano, pero aún no había visitado Israel ni Jordania. El hecho de que Líbano estuviera en guerra lo hacía más interesante.

Las "pruebas"

Pasé lo que sería mi última noche en libertad en la casa de Ali Osseiran, en el sur de Líbano; Ali era un viejo amigo; su padre, Adil Bey Osseiran, era el ministro de Defensa de Líbano y uno de los dirigentes chiitas tradicionales más respetados. Desperté temprano esa calida mañana del miércoles para ducharme y hacer el equipaje. Algunas de las cosas que metí en la maleta se usarían después como "pruebas" en mi contra: el diario de mi viaje hasta la fecha, cuadernos de semanas anteriores, cuadernos con señas y teléfonos, prismáticos, cámara fotográfica, radio y un largo manuscrito sobre la influencia de Irán en los grupos chiitas de Líbano escrito por un joven periodista libanés que me había pedido que le corrigiera el inglés.

Tenía intención de acompañar a Ali en su diario viaje a Beirut, y posteriormente seguir mi camino con guardaespalda drusos a ver a su líder, Walid Jumblatt, en su ancestral palacio en las montañas. Cuarenta y ocho horas después, pensaba, estaría a salvo fuera de Líbano.

Era una mañana despejada, pacífica, a pesar de los recordatorios de la guerra: los pueblos cristianos abandonados en plena lucha hacia cuatro años, y recientemente destruidos por los drusos para impedir que la abundante población chiita se trasladara a ellos; hasta las iglesias habían sido completamente arrasadas. A cada kilómetro atravesábamos una barricada del Ejército sirio, en la que soldados armados hacían gestos enérgicos a los coches mientras éstos reducían la velocidad y seguían avanzando.

Un coche sin matrícula

En alguna parte de estos suburbios, pensaba, estaban muchos de los extranjeros secuestrados en Líbano en los años desde la invasión israelí. Ali y yo hablamos de los rehenes. Pasamos otro control sirio en el barrio de Ouzai. Del lado izquierdo de la carretera surgió un Mercedes verde sin matrícula que se colocó delante de nosotros, moviéndose lentamente con el tráfico matutino. Dije, bromeando, que parecía que el Mercedes había "perdido" la matrícula y Ali dijo que muchos coches las perdían, en referencia al boyanete negocio de coches robados.

El tráfico avanzaba tan lentamente que casi no nos dimos cuenta cuando, de repente, el Mercedes se colocó en ángulo con nuestro Volvo y se detuvo. Se abrieron las cuatro puertas del Mercedes, y cuatro o cinco jóvenes con armas saltaron del coche. Por lo menos otros cuatro pistoleros salieron del coche que estaba detrás de nosotros. Todos eran jóvenes, 18 o 19 años, 20 como mucho, y llevaban ropas de paisano. Todos menos dos tenían barba. La mayoría empuñaba rifles AK-47 u otro tipo de fusiles automáticos ligeros, aunque algunos tenían pistolas.

Ordenaron a Ali y a Suleimán que salieran del coche y se estuvieran quietos a un costado. Se situaron cada uno a un lado del coche. Me quedé solo en el asiento trasero, temiendo moverme. Uno de los jóvenes me apuntó con su fusil por la ventanilla trasera derecha y me dijo que saliera. Otros dos abrieron la puerta izquierda y me sacaron a la carretera.

Busqué algún sitio para esconderme, pero había jóvenes armados por todas partes. Cientos de personas veían lo que estaba pasando, pero nadie hizo nada. Hombres y mujeres entraban y salían de las tiendas a ambos lados de la autopista. Los obreros de los garajes y de los almacenes observaban sin moverse. La gente de los otros coches atascados en el fuerte tráfico en dirección Norte y Sur fingían no ver nada.

Yo no quería entrar en el Mercedes. En ese momento me acordé de David Hirst, el corresponsal de *The Guardian* secuestrado por unos instantes el año anterior. Cuando le pregunté en una ocasión cómo había tenido valor para escaparse de sus secuestradores en medio de la operación, me dijo: "No podía soportar pensar que me iban a empujar a ese agujero negro".

Me resistía a entrar en el coche. Cuando parecía que iba a lograr soltarme, un hombre con barba apuntó el arma hacia mí y dijo a voz en grito, en un inglés con fuerte acento extranjero. "Te mato". La voz, su tono amenazador y terriblemente serio, me asustó más que el arma y me dejó perplejo por un instante. Otro pistolero que estaba a mi espalda levantó el kalashnikov y me golpeó en

la cabeza con la culata. El golpe me derribó al suelo, y me dejó mareado, sin perder el sentido. Me levantaron, y la puerta abierta del Mercedes se cerró sobre mí como el agujero negro de David Hirst.

Mientras se alejaba a toda velocidad, el conductor me preguntó la nacionalidad en árabe. "Mi padre es irlandés y mi madre es libanesa". Esto era casi cierto; los antepasados de mi padre habían emigrado de Irlanda a Estados Unidos hacia más de 250 años, y los abuelos de mi madre se habían marchado de Líbano hacia 90 años. Me pidió el pasaporte, que estaba en mi maleta, en el Volvo de Ali. Le pasé una pequeña cartera de plástico con varias tarjetas de prensa. Estudió las tarjetas mientras conducía. "Eres un puto mentiroso", dijo en inglés, indicando una de las tarjetas. "Aquí dice norteamericano".

El Mercedes verde se paró donde acababa el camino, ante una enorme barrera de tierra, de unos cuatro metros de altura, que formaba parte del muro occidental entre las dos mitades de Beirut. Aquí, la llamada línea verde era realmente verde, en un punto en el que un bosque de maleza, de hasta una altura de cinco metros, separaba a los musulmanes de los cristianos. Observando ceñudo la desolación desde un viejo cartel del primer piso de un edificio con arcadas estaba el ayatola Jomeini.

El anillo de boda

Me llevaron hasta un rincón alejado y me vaciaron los bolsillos. Cogieron el dinero, algunos papeles y las llaves de mi maleta. Me dijeron que me quitara el cinturón. Había estado en la cárcel anteriormente y recordaba que la mayoría de los carceleros también te quitaban los cordones de los zapatos, pero éstos no lo hicieron. Sin embargo, me pidieron mi anillo de boda, mi única joya. Cuando me negué, uno me preguntó: "¿Cuánto quiere por él?".

"Mi esposa me lo puso, y no me lo he quitado jamás."

"No vamos a robárselo", dijo, ofendido. "Se lo devolveremos".

De mala gana, me lo quitó y se lo entregué. Me sentaron de cara al rincón y me ataron las muñecas a la espalda con un trapo. Alguien me dijo que no me moviera, que no apartara la vista del rincón. Un muchacho con una voz nasal se me acercó, me clavó la pistola y me dijo: "Tú, CIA."

Cuando anocheció encendieron velas y las pusieron en el suelo. Mirando por debajo de la venda, lo único que podía ver eran sus sombras en el suelo y sus zapatos. Empecé a reconocerlos por sus zapatos: zapatos marrones con cordones, mocasines negros, botas negras y sandalias marrones. Uno de ellos, que llevaba unos zapatos marrones con cordones, y que me había ofrecido antes una cerveza, se sentó de repente a mi lado. Otro me abrió las esposas de la mano derecha y las puso en la muñeca derecha del muchacho que estaba a mi lado. También me quitó la venda y me dijo que bajara la vista.

El muchacho de barba con los zapatos marrones con cordones, que estaba ahora esposado a mí, comenzó una extraña conversación: "¿Eres israelí?", me preguntó.

"¿Cómo?".

"¿Trabajas para los israelíes?".

"No seas ridículo".

"Por favor", dijo en voz baja, en un inglés bastante fluido. "Soy un cristiano que trabaja para Israel. Llevo dos semanas retenido aquí".

Si no hubiera reconocido sus zapatos y su voz, podría haberle creído. Supuse que estaba loco o se trataba de una treita tremendamente inepta para arrancarme una confesión. Hablamos durante mucho tiempo, él fingiendo ser un cristiano libanés y yo fingiendo creerle. De cuando en cuando se acercaba un guardia, le decía que no hablara y fingía golpearle en la cara. Yo fingía compadecerme de él cuando él fingía llorar.

Los 61 días siguientes los pasé encadenado como un animal. Una semana después, los secuestradores liberaron a mis dos amigos libaneses. Yo pasé el resto del tiempo en cuatro pisos diferentes, siempre en reclusión solitaria. Los días pasaban lentamente, y tuve que idear medios de supervivencia y, finalmente, de fuga. Entretanto, tuve seis sesiones de interrogatorio y *confesé* ser espía de la CIA en una grabación de video. Escribí notas con tinta y con mi propia sangre, en un vano intento de comunicarme con el mundo exterior. Las amenazas de muerte eran frecuentes, y en Londres mi familia sufría el dolor de no saber si estaba vivo o muerto. Finalmente, arriesgué la vida para escapar en medio de la noche, y tuve que soportar oír a Siria anunciar públicamente que, de alguna manera, había "facilitado" mi liberación.



Charles Glass se reunió con su esposa, Flonda y sus hijos en Londres.

EN EL AGUJERO NEGRO

El periodista norteamericano Charles Glass, antiguo corresponsal de la cadena televisiva ABC fue secuestrado hace dos años en Beirut por un grupo fundamentalista islámico, que lo mantuvo cautivo durante 61 días. En esta nota, el periodista narra su cautiverio en suburbio de la capital libanesa y su recamboleo fuga. En la actualidad se estima que hay más de una docena de rehenes extranjeros en el Líbano.